
CÓMO SER UN BIÓLOGO DE IZQUIERDA (LA REGLA DE LEWONTIN-GOULD)

GUSTAVO CAPONI

Sin miedo de proponer una distinción tajante, que después sirva para definir los puntos extremos de una gradación, es dable contraponer dos modos fundamentales de explicar una desigualdad social: uno al cual cabe llamar ‘conservador’ o ‘de derecha’, y otro al que cabe llamar ‘contestatario’, o ‘de izquierda’. Según el modo conservador de pensar, la primera hipótesis para explicar una desigualdad es que, en última instancia, dicha desigualdad obedece a lo que podría caracterizarse como una ‘desigualdad primitiva’. Por esto último entiendo una desigualdad cuya reversión, o atenuación, escapa, totalmente o en gran medida, a cualquier posible intervención política (Caponi, 2019). Mientras tanto, según el modo contestatario de pensar, la primera hipótesis para explicar una desigualdad es que, en última instancia, o en gran medida, ella resulta de una falta de equidad que, por lo menos en principio, es parcial o totalmente subsanable, porque sus causas están en el orden de lo que puede intervenir políticamente (Caponi, 2019).

Alguna vez, esas desigualdades primitivas a las que apela el pensamiento conservador fueron pensadas en términos sobrenaturales. Los ‘derechos divinos’ invocados para legitimar monarquías, o para justificar los privilegios masculinos en el orden familiar, son ejemplos patéticos de eso. Hoy, pese a que esa vía religiosa sigue encontrando adeptos, lo más usual es una ‘naturalización’, o ‘biologización’, que cumple esa misma función ideológica con igual o mayor eficiencia que el recurso a lo sobrenatural (cf. Caponi, 2019). Por lo general, dicha biologización recurre a factores supuestamente hereditarios, o ‘innatos’ que explicarían, y legitimarían, desigualdades de clase, raza, o género (Lewontin, 2001; Caponi, 2018). Es por eso que la atenta y permanente vigilancia epistemológica, con relación a esos posibles usos ideológicos de la biología, constituye un compromiso al cual el pensamiento de izquierda no puede renunciar.

Cabe señalar que dicha vigilancia debe ser ejercida desde una posición epistemológicamente sólida: su referencial teórico-metodológico debe ser el propio conocimiento científico, que abarca a las ciencias sociales y a las

ciencias biológicas. Se hace desde fuera de la ciencia, y si se ampara en dualismos metafísicos más o menos disimulados, esa vigilancia perderá eficacia. En este sentido, la consabida postulación de una presunta ‘excepcionalidad humana’, que no es más que un resabio del pensamiento teológico, debería ser descartada. Al recurrir a ella no sólo se refuerza esa formación ideológica por antonomasia que es la religión (Althusser, 2014, p. 60), sino que se fortalece la posición de los que quieren hacer ese uso de la biología al que se está pretendiendo impugnar: nada es más cómodo y funcional para el cientismo conservador que ser denunciado por ‘cientifismo’ (cf. Caponi, 2021). Eso le da lustres de rigor y de objetividad.

Es por ello que trabajos críticos de los usos ideológicos de la biología, como *Genes, Cells, and Brains* de Hilary y Steven Rose (2012) son grandes contribuciones al pensamiento de izquierda. Los usos conservadores del discurso biológico son ahí puestos al desnudo, mostrándose las limitaciones, las simplificaciones y los sesgos teóricos involucrados en esas ‘naturalizaciones’. Nos muestran que los referenciales conceptuales de las ciencias biológicas, y los resultados que surgen de sus investigaciones, dejan espacio para otras formas de pensar, y que incluso las promueven, y nos permiten adoptar perspectivas más afines a una posición ‘contestaria’. Si hubiese que señalar las obras que han sido los paradigmas de esa forma de crítica epistemológica, yo creo que cabe mencionar tres títulos fundamentales: *The Mismeasure of Man*, que Stephen Jay Gould (1981) publicó en el inicio de la década de los ochenta; *Not in Our Genes*, que Richard Lewontin, Leon Kamin y el propio Stephen Rose publicaron unos años después (Lewontin, et al., 1984); y las conferencias de Lewontin que dieron lugar a *Biology as Ideology* (Lewontin, 1991). Todas esas obras parecen aplicaciones de esta importante regla metodológica: *Para explicar una desigualdad social, la primera hipótesis a ser considerada es que, en última instancia, ella resulta, por lo menos en alguna medida, de una inequidad parcial o totalmente remediable en virtud de algún cambio social y/o intervención política.*

Esta máxima, incluso podría llamarse ‘Regla de Lewontin-Gould’ porque, además de haber sido críticos severos de la naturalización conservadora de lo social, ambos lo hicieron al responder a las exigencias de rigor que supone la argumentación científica, sin incurrir en impugnaciones retrógradas del conocimiento biológico. Por ello, en lo que atañe al pensamiento contestario en general, sus trabajos son modelos a seguir. A diferencia de lo que muchos científicos sociales suelen hacer, Gould y Lewontin nunca negaron que la cognición, la emotividad y la sociabilidad humana tuviesen cimientos y pautas fundamentales que resultaban de la evolución biológica de nuestro linaje, sino que, simplemente, se limitaron a poner en evidencia y a criticar cualquier especificación, o extensión, injustificada o abusiva de ese presupuesto irrecusable. Sobre todo, cuando eso podía conducir a la legitimación de una desigualdad.

En sus argumentaciones, ni Lewontin ni Gould se ampararon en una supuesta singularidad de los fenómenos humanos que haría que su estudio fuese refractario a cualquier abordaje biológico. Tampoco incurrieron en una trasnochada descalificación de toda perspectiva evolucionista. Su propia formación científica les impedía adoptar esas posiciones insostenibles, y sabían que no existe un criterio general para determinar cuándo, y hasta dónde, el enfoque biológico tendría algo para decirnos sobre el comportamiento humano. Eso había que evaluarlo caso a caso y con base en el propio conocimiento biológico. La crítica de los usos ideológicos de la biología tenía que ser, entonces, casuística y siempre cimentada en modos de argumentar científicamente legítimos. La medusa del determinismo biológico no podía ser ultimada con una imposible bala de plata pretendidamente progresista, pero en definitiva teológica. Sus cabezas deberían ser guillotinas conforme aparecían, en una lucha que ciertamente nunca habrá de acabar.

No creo, por otra parte, que la adopción de esa regla a la que llamo 'de Lewontin-Gould' pueda tener una justificación estrictamente científica. No hay fundamento, ni teórico ni empírico, para suponer que las explicaciones de la desigualdad social que apelen a una desigualdad primitiva sean, *a priori*, menos plausibles que aquellas que lo hacen apelando a inequidades, o incluso desigualdades, evitables. Su justificación es, en definitiva, de carácter político. Se trata de un principio de precaución que apunta a evitar que la investigación científica pueda convalidar, o disculpar, inequidades que deberían ser denunciadas y remediadas. Situaciones, incluso, cuya reversión o reparación podría verse facilitada si las mismas fuesen correcta y cabalmente analizadas. Sobre todo, cuando hay razones para suponer que, en muchos casos, median intereses, o privilegios, que pueden verse contrariados si dicha inequidad es puesta en evidencia. Intereses y privilegios que, además, siempre pueden estar en condiciones de influir en el curso de las investigaciones, y en la legitimación de los resultados que de ahí deriven.

El pensamiento científico, es verdad, debe rendirse a las evidencias empíricas y a las constricciones conceptuales. También es cierto que, cuando las cuestiones científicas aluden al orden social, es muy fácil que el fiel de la balanza que sopesa el apoyo empírico y teórico de una hipótesis se posicione en un punto que favorezca y refuerce posiciones que puedan respaldar, de alguna forma, los intereses y privilegios de los grupos beneficiados por ese *statu quo*, en cuyo marco una ciencia se desarrolla y del cual ella depende para sostenerse. Por eso, para neutralizar ese efecto distorsivo de los intereses extrateóricos, ante cualquier esfuerzo por naturalizar lo social, el pensamiento crítico debe extremar su rigor y multiplicar sus dudas. Máxime cuando los grupos favorecidos por el *statu quo* son lo suficientemente poderosos como para definir, alentar o desalentar diferentes

líneas y protocolos de investigación, y cuentan, además, con los medios necesarios para controlar los espacios institucionales en los que esas investigaciones se realizan y se validan.

Se me objetará, seguramente, que, si se trata de revertir o paliar desigualdades, nada mejor que reconocer su verdadera causa. Más allá de que ésta sea una 'desigualdad primitiva' o una desigualdad decurrente de una situación de inequidad. Lo primero es determinar esa causa para luego ver cómo se pueden anular, revertir o paliar sus efectos; cosa que podría quedar comprometida si se parte de una preferencia *a priori* por cierto tipo de enfoques. Entiendo que, en lo que se refiere a esas explicaciones de la desigualdad que están apoyadas en naturalizaciones de los procesos y fenómenos sociales, la historia nos lleva a ser muy cautos y desconfiados. Si bien es cierto que la naturalización de algunos aspectos básicos de nuestra sociabilidad, de nuestra emotividad y de nuestros modos de pensar es un imperativo teórico irrecusable, tampoco deja de ser cierto que la historia de la biología nos habla de innúmeras pseudonaturalizaciones, acaso bien fundadas en los marcos teóricos y metodológicos del saber científico de su época, que operaron como justificaciones ideológicas de inequidades e incluso de atrocidades.

El siglo XIX y el siglo XX son una galería de esas infamias epistemológicas, donde la actitud contestaría que se expresa en la Regla de Lewontin-Gould sería la forma de precaverse ante nuevas variantes de esos discursos reaccionarios. Sabemos, por supuesto, que el hecho de asumir una posición política en el plano de la teoría, que es lo que esa regla promueve, nunca puede ser pretexto para admitir o propiciar sesgos ideológicos en lo que atañe a la evaluación del apoyo empírico y conceptual de la explicación que pueda proponerse para cierto fenómeno. Eso, en todo caso, que lo haga el pensamiento de derecha, pero nunca el pensamiento de izquierda.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, L. (2014), *Initiation à la philosophie pour les non-philosophes*. Paris: PUF.
- Caponi, G. (2018), "¿Qué quiere decir naturalizar?", *Ludus Vitalis* 26(50), 185-188.
- Caponi, G. (2019), "Lo natural, lo seglar y lo sobrenatural", *Revista de Humanidades de Valparaíso* 14: 27-55.
- Caponi, S. (2021), "A crítica ao cientismo não é negacionismo: a psiquiatria biológica em questão", in Caponi, S.; Brzozowski, F.; Lajonquiere, L. (eds.), *Saberes expertos e medicalização no domínio da infância*. São Paulo: LiberArs, pp. 65-89.
- Gould, S. (1981), *The Mismeasure of Man*. New York: Norton.
- Lewontin, R. (1991), *Biology as Ideology*. Ontario: Anansi.
- Lewontin, R. (2001), "Women versus the biologists", in *It Aint't Necessarily So*. New York: NYRB, pp. 199-227.
- Lewontin, R.; Rose, S.; Kamin, L. (1984), *Not in Our Genes: Biology, Ideology and Human Nature*. New York: Pantheon Books.
- Rose, H. & Rose, S. (2012). *Genes, Cells, and Brains*. London: Verso.

